Nuestro “Lindo” país

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Este país nuestro es todavía el país para la gente que escribe “bonito”. Para las vedettes literarias. Para los mistinguettes de la prosa o del verso. Basta que una persona, cualquiera que ella sea, le guste mostrar sus extremidades expresivas —sus buenas y succulentas cláusulas como pantorrillas bien conservadas a pesar de la edad— para que a todos, o a casi todos los lectores colombianos se les haga la boca agua. Cuestión de candilejas. Cuestión de saberse de memoria los trucos del maquillaje y las bombillitas de proscenio. Cuestión, en suma, de buena redacción y mejor ortografía. Cuestión de encaje, de ensamble en esa tradición de victorianismo apócrifo, de país de arriería con cuatro o cinco señores que sabían quitarse el bombín en una avenida, que exportaban muebles de versallismo de trastienda y tenían hijas casaderas que tocaban admirablemente el piano a la hora del cuchicheo y el chocolate. Humanismo de patria boba. Pero de una patria boba de verdad. Porque la otra —la que quisieron hacernos pasar como tal en los textos de Henao y Arrubla— tuvo un calibre y un ámbito muy

cuestudo para cualquier biógrafo con buenos modales y mejor ortografía.

Aquí seguimos creyendo en el escrito de guardapolvos y americana bien ceñida sobre el trasero. En el hombre que usa los adjetivos y los complementos directos como si fuesen adminículos de sastrería. En el que escribe articulos saludadores y teje virutería retórica como si fuesen primores de costurero. Nos gusta el escritor del “buenos días” del “déjate ver” del “esto dicen pero no me lo creas”. Todo se nos vuelve chismografía de dos al cuarto. Toda nuestra historia literaria... con una nómina de excepción bien esquemática, bien avara, no es otra cosa que un chisme sin solución.

Y al idioma español, en lo que va corrido de un cuarto de siglo para acá, le han pasado sus cosas, ha tenido que hacer frente a inusitados y violentos compromisos, ha tenido que cancelar muchos incisos expresivos, ha tenido que ponerse en forma. Ponerse a tono con un oleaje de acontecimientos que, casi de golpe, lo han obligado a

una calistenia, de intención y plasticidad, para la cual casi que no le sirve su antiguo orgullo y orgulloso esqueleto. Ese viejo idioma imperial, idioma conceptual de eufemismos y genuflexiones y vozarrón de caballero feudal ha tenido que asomarse a ver qué ocurre, qué es lo que realmente está sucediendo en esos grandes garajes urbanos, en esos campos de concentración, en esas alcobas de décimo piso, en esos terribles universos burocráticos, en los cuales al hombre corriente, el anónimo, se le tiene menos en cuenta que a un pedruzco, a una larva.

El idioma español —el más atrasado de todos los grandes idiomas contemporáneos— está haciendo todo lo posible por salir airoso de tan importante emplazamiento. El contacto con la literatura angloamericana, en especial, le ha abierto unos hucones, unos ventanales de asombro. Nunca, como ahora, el idioma había estado abocado a un

porvenir más ambicioso y fecundo. Ante él, como una comarca inédita, se ofrece todo un vasto programa de construcción. A la vuelta de pocas décadas, nuestro idioma será otra cosa. Un hambre de incorporación, una audacia de dibujo, una magnitud orquestal, de la cual no podemos darnos una idea cabal, serán el resultado de ese valiente trabajo de conquista por la autenticidad. Ahora mismo algunos escritores de habla castellana —Asturias o Borges o Cela, por ejemplo— están cumpliendo una labor de zapa, de pionería expresiva, que puede ya justificar toda esperanza. Y para ese destino, precisamente para ese, debemos estar preparados, aquí, en Colombia. Dejar lo “bonito” para empeñarnos en lo esencial. Olvidarnos del costurero, de la chismografía de chocolate, para asomarnos, por los grandes ventanales del idioma, a ver al hombre verdadero en su terca tarea de gozo, de podredumbre y de agonía.